

Antropología Experimental

<http://revistaselectronicas.ujaen.es/index.php/rae>
2024. nº 24. Texto 28: 395-407

Universidad de Jaén (España)
ISSN: 1578-4282 Depósito legal: J-154-200

DOI: <https://dx.doi.org/10.17561/rae.v24.8734>
Recibido: 06-02-2024 Admitido: 23-05-2024

Gabriel García Márquez.**Una mirada a su infancia como fuente de inspiración literaria**

Gabriel García Márquez. A look at his childhood as a source of literary inspiration

Absalón JIMÉNEZ BECERRA

Universidad Distrital Francisco José de Caldas, Bogotá (Colombia)
abjimenezb@udistrital.edu.co

Resumen

El presente texto buscar dar cuenta de la experiencia de infancia en el Caribe colombiano en la primera mitad del siglo XX a través de la memoria de Gabriel García Márquez (1927-2014), Nobel de Literatura en 1982, quien reconoce la intensidad con la que vivió esta etapa de su vida siendo su principal fuente de inspiración literaria. En esta experiencia de infancia se indaga, de manera explícita, en la importancia de los marcos de la memoria en el caribe colombiano: la familia y la casa, el pequeño poblado de Aracataca, el papel de la escuela y sus maestros, el papel de las mujeres, la narrativa y la tradición oral, su relación con la lectura, la escritura y la imaginación. Las conclusiones de la presente indagación evidencian la profunda relación que puede existir entre la experiencia del mundo infantil con el mundo adulto como fuente de inspiración literaria.

Abstract

This text seeks to give an account of the childhood experience in the Colombian Caribbean in the first half of the twentieth century through the memory of Gabriel García Márquez (1927-2014), Nobel Prize for Literature 1982, who recognizes the intensity with which he lived this stage of his life being his main source of his literary inspiration. In this childhood experience, the importance of memory frameworks in the Colombian Caribbean is explicitly investigated: the family and the house, the small town of Aracataca, the role of the school and its teachers, the role of women, narrative and oral tradition, its relationship with reading, writing and imagination. The results of this research show the deep relationship that can exist between the experience of the children's world with the adult world as a source of literary inspiration.

Palabras

Infancia. Familia. Experiencia. Memoria. Narrativa. Imaginación. Literatura

Clave

Childhood. Family. Experience. Memory. Narrative. Imagination. Literature

Introducción

Mediante el presente texto, se busca abordar la pregunta: ¿Qué es ser niño en el caribe colombiano, para el caso de Gabriel García Márquez en la primera mitad del siglo XX, mediado por su relación con el mundo adulto y su oralidad? Como también dar cuenta de la constitución de la infancia a través de un canal cultural como la literatura. En esta pesquisa retomamos la experiencia infantil de uno de los más destacados representantes de la literatura colombiana, Gabriel García Márquez (1927-2014), quien reconoce en sus memorias la intensidad con la que vivió sus primeros ocho años de vida, en la casa al lado de sus abuelos maternos. Así mismo, sin descuidar el reconocimiento que hace el mismo García Márquez de su entorno, el peso de la tradición oral, la narrativa familiar, la memoria, el papel de las mujeres y la imaginación infantil; el papel de la escuela y la conquista de la lectoescritura, para llegar al fin de su infancia, como un hecho de fractura en su vida.

La infancia de García Marque se vive de manera penetrante hasta el momento previo a la muerte de su abuelo en 1935, y se extiende hasta los trece años de edad cuando en el entonces municipio Sincé (Sucre) al lado de sus hermanos, se da cuenta que su infancia se había terminado y debía incorporarse a los afanes del mundo juvenil y del mundo adulto. Como lo vamos a evidenciar la presente reflexión tiene características indiciarias e investigativas de quien valora las fuentes culturales como la literatura, la música, la pintura y el deporte como una posibilidad para abordar los temas de infancia en Colombia.

El artículo se estructura en cuatro puntos: en primer lugar se da a conocer la hipótesis de trabajo, vista como una apuesta investigativa desde una perspectiva cultural para abordar los temas de infancia en Colombia; en segundo lugar, se da a conocer la perspectiva metodológica de carácter indiciario por medio de la cual se presta atención a ideas, actitudes y modelos de cultura mediante un examen intensivo de una persona, un documento o una localidad; en tercer lugar, se aborda la experiencia de infancia de García Márquez, su familia Caribe, su pueblo Aracataca, las mujeres de su hogar, la experiencia escolar y el fin de su experiencia infantil; en el cuarto punto, se dan a conocer las conclusiones.

Apuesta investigativa

El presente artículo da a conocer como hipótesis o apuesta investigativa la manera como la experiencia infantil de Gabriel García Márquez se constituye en la principal fuente de inspiración literaria de buena parte de su obra. Como más adelante lo vamos a leer son los marcos de la memoria de su infancia como: la casa, la escuela, el papel de las maestras y sus primeras experiencias pedagógicas; pero, particularmente, la relación con la familia, las mujeres de su hogar y su abuelo, sumado a su pueblo Aracataca la principal guía en su trasegar literario. De hecho, la presente propuesta se alinea con la mirada de la poeta norteamericana Luise Glück¹, para quien: "Miramos el mundo una única vez, en la infancia. El resto es memoria". Esta frase que hace parte de uno de sus poemas se acomoda muy bien a lo que fue la vida de García Márquez quien ya estando viejo le comenta a su hijo Gonzalo que: "Nada interesante me ha pasado después de los ocho años". Nuestra intención de manera sistemática es recoger la experiencia de infancia de García Márquez, para establecer la manera como su producción literaria, que comienza en 1947, con un cuento de corte kafkiano tiene como punto de llegada "la saga de Macondo"² en las que infancia e inspiración literaria se encuentran tomadas de la mano.

Por otro lado, para Absalón Jiménez (2022), *el método indiciario* es el acorde para desarrollar este tipo de pesquisas en donde el investigador razona analíticamente. El buen investigador con base en cierto entrenamiento especializado ve lo que todos ven, pero infiere más. Por lo demás, desde esta perspectiva

¹. Luise Glück nació en New York en 1943 y ganó el premio Nobel de Literatura en 2020. "Miramos el mundo una sola vez, en la infancia. El resto es memoria", escribe la poeta, en uno de sus textos más bellos, que lleva el título de «Nostos», una expresión de origen griego que se puede traducir como «regreso al hogar». (Consultar: Luise Glück. En: Rionegro: <https://www.rionegro.com.ar/louise-gluck-gano-el-nobel-de-literatura-1528431/>) Artículo del 8 de octubre de 2020.

² Martha L. Canfield (1988), en el estudio "la saga Macondo" tiene en cuenta las obras de Gabriel García Márquez: *El coronel no tiene quien le escriba*, *Cien años de soledad*, *El Otoño del patriarca*, *Crónica de una muerte anunciada*. En su estudio nos da a conocer que la saga se rompe con *El amor en los tiempos del cólera*, novela en que el principal escenario del relato es la ciudad de Cartagena y no el imaginario poblado de Macondo.

al investigador en formación hay que enseñarle a observar los detalles, a ser minucioso, a buscar evidencias, a no descartar ninguna hipótesis inicial, a dejarse llevar en la parte inicial de la investigación por un sentido común refinado. El método indiciario es una separación de los métodos tradicionales, inductivo o deductivo, es *abducción total*, es conjectura. De tal manera, el investigador se apropiá de varios tipos de operación: observa, concluye, infiere, formula hipótesis, en suma, construye teorías, pero ante todo recoge datos.

Por su parte, el historiador Carlo Ginzburg (2004), promotor de este método en Europa nos aclara que desde esta perspectiva:

- Hay un llamado al investigador de lo nuevo, el cual debe actuar sin redes de protección historiográfica e ideológica.
- En el método indiciario se presta más atención a lo micro social, se explican ideas, actitudes y modelos de cultura mediante un examen intensivo de una persona, un documento o una localidad.
- El investigador, se debe mover en la *tentativa*, asumida como sinónimo de tocar y palpar. Quien hace una investigación, en el caso del historiador, es como una persona que se mueve en una habitación oscura: se mueve a tientas, choca con objetos y realiza conjecturas.
- En este método, se utilizan también testimonios figurativos; es decir, la pintura y la grafía general como fuente histórica. Los testimonios figurativos, - en este caso la literatura-, se consideran con independencia de su valor estético y su condición de obra arte.

De tal manera, las disciplinas indiciarias son eminentemente cualitativas; tienen por objeto casos, situaciones y documentos individuales y es, precisamente, por ello que alcanzan resultados que tienen un margen incuestionable de alteridad. El conocimiento histórico es indirecto, indiciario y conjectural, siendo este plano en el que se quiere valorar la experiencia de infancia de García Márquez como fuente de inspiración literaria. Es a través del método indiciario, -mediante un ejercicio de abducción-, valorando *una fuente figurativa como la literatura* que buscamos responder las siguientes preguntas: ¿Qué es ser niño en el caribe colombiano, en la primera mitad del siglo XX?, ¿Cómo se constituye la infancia a través de un canal cultural como la literatura?, ¿Qué influencia tienen los marcos de la memoria institucional en la constitución de la fuente literaria en el mundo adulto, particularmente, en el caso de García Márquez?

La experiencia de infancia

El texto que mejor recoge la experiencia de infancia de Gabriel García Márquez, es su autobiografía *Vivir para contarla* (2002). Dicha memoria, inicia su relato en febrero de 1950, cuando se dirige con su madre a Aracataca, a vender una herencia familiar —la casa materna—, y en momentos en que quería notificarle a su madre su decisión de no seguir estudiando derecho, sino la de ser escritor.

El viaje lo que hace es confirmar esta última decisión, pues termina de recuperar la memoria de infancia y la memoria familiar, como principal fuente de inspiración literaria; viaje que sería fundamental, además, en la orientación y camino literario que iba tomar su vida. El viaje, realizado con su madre, “lo rescata del abismo en el que se encontraba, pues su obra debía sustentarse con los recuerdos de un niño de siete años sobreviviente de la matanza pública de 1928 en la zona bananera” (2002, p. 439).

Recuerda García Márquez que este viaje —denominado por él como el viaje del recuerdo—, se realizó por agua y tierra, atravesando uno de los brazos del río Magdalena, para luego llegar por tren a Aracataca. En ese viaje pasan por una plantación de banano, de un nombre que siempre se le hizo sonoro, *Macondo*, y él decide poner en sus novelas como el nombre de un pueblo, mitad real y mitad imaginado. El principal escenario de su novela no se desarrollaría ni en Aracataca ni en Barranquilla: sería en *Macondo*. Otro recuerdo que tiene de la travesía con su madre, es del título frustrado de otra de sus novelas, *La casa*, que terminaría siendo absorbida como parte del escenario en al menos tres de sus novelas: *La hojarasca*, *Cien años de soledad* y *El coronel no tiene quién le escriba*.

Del recuerdo de infancia se evidencia la manera como la familia y la casa se constituyen en el principal “marco de la memoria”³ para evocar el recuerdo; pero en el caso de García Márquez, es la principal fuente de inspiración de sus más destacados escritos. Con base en la tradición oral, crea un realismo sobrenatural —la ficción de la ficción—. En sus palabras: “El modelo de la epopeya como la que yo soñaba no podía ser otro que el de mi familia, que nunca fue protagonista y ni siquiera víctima de algo, sino testigo inútil y víctima de todo” (2002, p. 438).

En este viaje reconoce que, hasta la adolescencia, por lo general, la *memoria* tiene más interés en el futuro que en el pasado. Así que los recuerdos de la casa, de su familia extensa, de su infancia y de su pueblo, Aracataca, no estaban tan idealizados por la nostalgia y que se reafirman en este viaje como principal fuente de inspiración literaria.

A continuación, vamos a rescatar los marcos de la memoria de Gabriel García Márquez sobre los cuales se soporta su experiencia infantil y sus recuerdos familiares y locales como fuentes de inspiración literaria. De tal manera, los marcos sociales de la memoria, como matices de intercambio colectivo, permiten establecer lo que es posible recordar y lo que está condenado al olvido. Desde la perspectiva de García Márquez, la vivencia es consustancial al recuerdo, pero acompañado en sus novelas de la imaginación histórica y de un particular realismo mágico que, como expresión literaria, comprometió a toda América latina.

La familia García Márquez, como parte de la cultura caribe

En *Vivir para contarla*, desde el comienzo, García Márquez se define como parte de la cultura caribe, con la cual tiene una identificación absoluta, esencial e indiscutible en su formación como ser humano y escritor. Reivindica esta relación cultural desde su infancia, particularmente, con los ancestros guajiros de la ciudad de Barrancas, de quienes heredó una especie de castellano “sin huesos”, con destellos radiantes del dialecto indígena *chon*. En su narrativa, en la que recoge la memoria familiar, recuerda que,

“La mudanza para Aracataca estaba prevista por los abuelos como un viaje al olvido. Llevaban a su servicio dos indios guajiros —Alirio y Apolinar— y una india —Meme—, comprados en su tierra por cien pesos cada uno cuando ya la esclavitud había sido abolida. El coronel llevaba todo lo necesario para rehacer el pasado lo más lejos posible de sus malos recuerdos, perseguido por el remordimiento siniestro de haber matado un hombre en un lance de honor” (2002, p. 50).

Más adelante nos aclara que:

“No alcancé a conocer a Meme, la esclava guajira que llevó la familia de Barrancas y que en una noche de tormenta se escapó con Alirio, su hermano adolescente, pero siempre oí decir que fueron ellos los que más salpicaron el habla de mi casa con su lengua nativa” (2002, p. 89).

La familia de los abuelos maternos de García Márquez —Nicolás y Tranquilina—, representaban un matrimonio ejemplar del machismo en una sociedad matriarcal, en la que el hombre es el rey absoluto de su casa, pero la que gobierna es su mujer. Por lo demás, la gran mayoría de familias blancas y mestizas en el caribe colombiano, se habían cruzado con los descendientes de los Iguaranes y los Cotes, tribus sacramentales de La Guajira. La descendencia guajira de García Márquez vendría por la línea de los Igúarán, de su abuela materna, Tranquilina. En este ambiente, la infancia de García Márquez estuvo ligada a una familia extensa, integrada por un ejército de mujeres encabezado por su abuela Mina, sostén de la casa en momentos de afanes económicos, acompañada de sus tíos y una relación profunda con su abuelo.

³. En esta lógica, el sociólogo Maurice Halbwachs manifiesta cómo el tema de la memoria exige un marco de la memoria, que no es más que la presencia de una comunidad afectiva, debido a que llevamos con nosotros, efectivamente, sentimientos e ideas que tienen origen en otros grupos, reales o imaginarios. Los marcos de la memoria son la familia, la escuela, la iglesia, el pueblo (Ver, Halbwachs, M. (1950). (2004). *La memoria colectiva*. Zaragoza: Prensas Universitarias de Zaragoza). De manera paradójica, es más o menos en esta lógica, algo desordenada, que García Márquez nos narra su experiencia de infancia en *Vivir para contarla*.

La mamá de García Márquez, la señora Luisa Márquez, llegó a Aracataca en 1911, con sus padres, cuando la empresa bananera norteamericana, *United Fruit Company*, buscaba hacerse con el monopolio del banano. Dicha empresa había instalado unos sistemas artificiales de regadío, responsables del desmadre de las aguas. La familia de García Márquez, habría de recordar que el desvío del río en un invierno fuerte desenterró a los muertos del cementerio.

Para García Márquez, sus padres —Luisa Márquez y Gabriel Eligio García—, eran narradores excelentes; de hecho, en Aracataca, su mamá terminaría de hacerse una mujer adulta y se enamoraría del telégrafo del pueblo, personajes que le serviría de inspiración en una de sus principales novelas, *El amor en los tiempos del cólera*. En esta novela, su madre encarna a Fermina Daza, y su padre, a su eterno enamorado, Florentino Ariza. Pero en la obra literaria, García Márquez modifica la relación de amor, debido a que los protagonistas no se casan y esperan hasta el final de sus días para reconocer, ya octogenarios, el amor que sintieron mutuamente durante toda la vida.

Sus padres se casan el 11 de junio de 1926, en Santa Marta, y García Márquez nace un domingo lluvioso, el 6 de marzo de 1927, en Aracataca, provincia del Magdalena. Nos comenta que su papá fue un hombre difícil de vislumbrar y complacer. Siempre fue mucho más pobre de lo que parecía, y tuvo a la pobreza como un enemigo abominable, al que nunca se resignó ni pudo vencer.

Por lo demás, García Márquez no sólo nació en casa de sus abuelos maternos, Tranquilina Iguarán y el coronel Nicolás Ricardo Márquez, sino que vivió con ellos hasta los 8 años. Así, entre García Márquez y sus abuelos, nace una complicidad secreta que alimentó desde niño su imaginación y su capacidad para narrar historias. De acuerdo al investigador Winston Manrique:

“si el abuelo representaba la razón y las historias reales (inspiró al coronel Aureliano Buendía de *Cien años de soledad*) de la abuela tomaría prestada su voz de *palo* para dar credibilidad a sus historias mágicas” (Manrique, 2022).

La casa del abuelo materno, en Aracataca, se impregnaría de la tradición oral y de una particular narrativa, acompañadas de las costumbres y de la gastronomía de la región, que nunca olvidó como parte de su esencia caribe. En sus palabras,

“En la estación del tren de Aracataca, el día estaba incompleto mientras no llegara noticias de quien nació en Barrancas, a cuantos mató el toro en la corraleja de Fonseca, quién se casó en Manaure o murió en Riohacha, cómo amaneció el general Socarrás que estaba grave en San Juan de Cesar..., nada se comía en casa que no estuviera sañado en el caldo de las añoranzas: la malanga para la sopa tenía que ser de Riohacha, el maíz para las arepas del desayuno debía ser de Fonseca, los chivos eran criados con la sal de La Guajira y las tortugas y las langostas las llevaban vivas de Dibuya” (2002, p. 82).

Su concepto de familia, en varios de sus apartes, es la de una familia extensa, integrada por abuelos, tíos abuelas —maternas y paternas—, tíos y empleados del servicio. Pero poco a poco se redujo al núcleo familiar, al de papá, mamá y hermanos. Así, nos comenta que, una vez muere el abuelo Papalelo, en 1935, la familia —sin abuelos ni tíos ni criados— se redujo, entonces a los padres y a los hijos que ya eran seis: tres varones y tres mujeres, en nueve años de matrimonio.

En su relato, la familia, a pesar de la adversidad, la pobreza, los continuos fracasos económicos de su padre, se mantuvo unida. Así, al final de la memoria de familia, nos recuerda que, con sus padres y hermanos, ya de adulto, cuando iniciaba su vida como periodista y cuando tenía 26 años de edad, comparten la vivienda familiar en una casa en arriendo en el barrio “La popa”, en la ciudad de Cartagena.

En esta casa, en una de las últimas anécdotas familiares, nos habla de nuevo cómo todos sus hermanos —hombres y mujeres—, fueron criados en *la cultura caribe* de las hamacas, la estera en el piso y las camas para cuantos tuvieran lugar. Siempre, cuando cambiaban de casa desde pequeño, lo primero que hacía era buscar los ganchos en las paredes para colgar la hamaca, que servía no sólo para dormir y descansar, sino, ya de adulto, para leer y hacer el amor.

Al relatar esta parte de su historia de vida, García Márquez busca darnos a conocer que las familias caribes de la primera mitad del siglo XX, tienen identidad, comparten, son portadoras de una tradición oral, dueñas de una gastronomía local, son relajadas, tranquilas, y muy unidas, y enfrentan la adversidad y la pobreza de una particular manera.

La pobreza es vista como un enemigo que, si bien no se puede derrotar, se puede vivir con ella, y sortear de manera creativa con base no sólo en el trabajo de los hombres, sus fracasos y frustraciones, sino con las iniciativas de las mujeres, sus emprendimientos y auto sostenimiento familiar.

Su pueblo, Aracataca

El viaje de García Márquez a Aracataca lo realiza en 1950, con su madre, cuando él tenía veintitrés años y, para su haber, tenía un bachillerato completo y bien calificado en un internado oficial —el Liceo Nacional de Varones de Zipaquirá—, dos años y unos meses de derecho “caótico” y un periodismo empírico con el que iniciaba a defenderse económicamente. En su relato, nuestro Nobel sigue describiendo, ante todo, el entorno espacial en el que nació y en el que vivió su infancia:

“La provincia de Aracataca tenía la autonomía de un mundo propio y una unidad cultural compacta y antigua, en un cañón feraz entre la sierra nevada de Santa Marta y la serranía del Perijá, en el Caribe colombiano. Su comunicación era más fácil con el mundo que con el resto del país, pues su vida cotidiana se identificaba mejor con las Antillas por el tráfico fácil de Jamaica y Curazao y casi se confundía con Venezuela por una frontera de puertas abiertas que no hacía distinciones de rango y colores. Del interior del país que se cocinaba a fuego lento en su propia sopa, llegaba apenas el óxido del poder: las leyes, los impuestos, los soldados, las malas noticias incubadas a dos mil quinientos metros de altura y a ocho días de navegación por el río Magdalena en un buque de vapor alimentado por leña” (2002, p. 83).

La relación centro-periferia en el país, desde la colonia y aún a inicios del siglo XX, había marcado la tensión entre un mundo caribe y un mundo andino —entre los *costeños* y los *cachacos*—, que sólo se terminarían de rencontrarse a finales del siglo XX, como una sola nación, a través de canales culturales, como la literatura, la música, la danza, el deporte, el papel de la radio y la televisión.⁴ Dichos canales culturales —en este caso, el literario— nos aclararían que estas diferencias de idiosincrasia hacían parte de un país plural y muy rico, en términos culturales.

Para García Márquez, el municipio de Aracataca estaba muy lejos de ser un remanso de paz, pues había nacido como un caserío indígena *chimilla*, y entró a la historia con el pie izquierdo, como un remoto corregimiento sin Dios ni ley del municipio de Ciénaga, más envilecido que acaudalado por la fiebre del banano. Su nombre no es de pueblo, sino de río, que se dice *ara* en lengua chimilla y *cataca*, que se condiciona al que mandaba. Por eso, los nativos la llamaban *Cataca* y en sus memorias, el escritor lo define así, como *Cataca*.

Dicho municipio, conocido hoy en día por los colombianos como *Aracataca*, sería un escenario cercano de la masacre de las bananeras ocurrido en el municipio de *Fundación* en 1928, de la cual siempre escuchó hablar como parte del recuerdo familiar y principal razón para que los norteamericanos de la *United Fruit Company* se fueran del país, entrando esta región y de paso Aracataca en el olvido de la nación. Los colombianos nunca supieron a ciencia cierta si en la masacre hubo tres, trescientos o tres mil muertos. Fue Gabriel García Márquez quien colocó haciendo uso de cierto tipo de “memoria ejemplar”⁵

⁴. Sin duda, para Néstor García Canclini, la radio, el cine y la televisión, entre otros, contribuyeron a unificar a las sociedades latinoamericanas y conformarnos la idea moderna de nación (Consultar: Martín-Barbero, J. (1989). *De los medios a las mediaciones*. Bogotá: Convenio Andrés Bello, p. 24).

⁵ Para Todorov (1995) la recuperación del pasado es indispensable, lo cual no significa que el pasado deba regir el presente, sino que, al contrario, éste hará del pasado el uso que prefiera. Por consiguiente, el acontecimiento recuperado puede ser leído de manera *literal* o de manera *ejemplar*. “El uso *literal*, que convierte en insuperable el viejo acontecimiento, desemboca a fin de cuentas en el sometimiento del presente al pasado. El uso *ejemplar*, por el contrario, permite utilizar el pasado con vistas al presente, aprovechar las lecciones de las injusticias sufridas para luchar contra las que se producen hoy en día, y separarse del yo para irse hacia el otro” (Todorov, 1995: 32).

del país la cifra de los tres mil muertos en dicha masacre, en su novela *Cien años de soledad*, constituyéndose desde entonces en parte del relato oficial. Lo único cierto en la región era que los responsables de la masacre bananera fueron los cachacos, usufructuarios únicos de poder político.

García Márquez nos cuenta que, desde su nacimiento, oyó repetir sin descanso que las vías del ferrocarril y los campamentos de la *United Fruit Company* fueron construidos de noche, porque de día era imposible agarrar las herramientas recalentadas por el sol. Nos recuerda que el origen de todas las desgracias de Aracataca, había sido la matanza de los obreros por la fuerza pública. La compañía se había ido por siempre jamás, y los gringos no volverían nunca.

Sin duda, Aracataca, como escenario en el que vivió su infancia, se constituye en un marco de la memoria que le sirve de excusa para ambientar sus principales novelas. Aracataca, como una “tierra del olvido”, es un pueblo olvidado por el Estado central, dueño de sus propios dramas y de una memoria colectiva que García Márquez atrapa por medio de la memoria familiar y de un marco de experiencia espacial.⁶

Sin duda, cuando sale publicado *Cien años de soledad*, en junio de 1967, por la Editorial Suramericana de Buenos Aires, García Márquez había creado una importante expectativa dentro de lo que se comenzó a denominar “la saga de Macondo”. En dicha saga inspirada en su pueblo natal Aracataca es reiterada la observación del calor y la lluvia, la sonsa calma; como también las clases sociales en la que aparecen los indios, los negros y los mulatos, los marginados, los extranjeros, los gringos líderes la fiebre del banano, los criollos fundadores del pueblo, la hojarasca, la hambruna y la soledad.

Para la crítica literaria Martha L. Canfield, *Macondo*, es la historia del pasado porque el mundo y el tiempo en la novela de García Márquez desde un comienzo están cerrados y concluidos en un particular relato. De acuerdo a sus consultas en *Macondo* se pueden establecer cuatro nociones de tiempo y espacio:

“1). El mundo y el tiempo mítico de sus fundadores que habían partido a la búsqueda de un paraíso perdido, expulsados por la culpa del amor, y que se establecen en una tierra no prometida por nadie para dar origen a la estirpe, partiendo de la pareja primordial que encarna José Arcadio Buendía (es el Padre amarrado al árbol de la vida) y Úrsula (es la madre, no tiene vida propia, es el espejo de todos); 2). El mundo y el tiempo histórico, introducido por el coronel Aureliano Buendía y sus guerras, con las cuales la aldea idílica y primitiva se transforman en ciudad que acoge el progreso y la justicia social; 3) El tiempo cíclico en la madurez y muerte de los primeros personajes y en la aparente repetición de la historia cuando el tiempo gira en espiral y el mundo inicia de nuevo el ciclo; 4). Deterioro de Macondo, *axis mundi*, y obliteración de la aldea en el torbellino apocalíptico” (Canfield: 1988, p. 299).

En Macondo hay una entremezcla de espacio y tiempo mítico que también es cíclico y fundacional y que se mezcla con el tiempo lineal e histórico del país y del continente. De tal manera, García Márquez, con su obra, tuvo la capacidad de crear un nuevo género literario, *el realismo mágico*, que tiene como principal escenario *Aracataca*, lugar en donde el carácter público de esta memoria transcrita en sus libros, se entremezcla con parte de la memoria histórica del país.

Las mujeres de su hogar

Una de las razones por las que García Márquez se decidió como escritor fue por narrar la experiencia y recuerdo familiar escuchados desde niño en su municipio natal de Aracataca. En esta parte, queremos resaltar que es una parte de la familia extensa, acompañada de su profundo vínculo con su abuelo

⁶ Los marcos sociales cumplen tres funciones: de ubicación, de selección y de integración. A través de la función locativa, el individuo se coloca en el interior de un campo simbólico con el cual define la situación en la que se encuentra y traza las fronteras que delimitan el territorio de sí mismo (*self*). Mediante la función selectiva, una vez que ha definido las fronteras y los contenidos de la situación, se encuentra en condiciones de ordenar sus preferencias y de elegir unas alternativas y descartar otras. Con la función integrativa, articula el pasado, el presente y el futuro en su biografía. Ver. Chihu Amparán, A. (ene./abr. 2018). “Los marcos de la experiencia”. En *Sociológica*. Vol. 33, núm. 93. Ciudad de México, pp. 87-117.

Papalelo, quienes serían fundamentales para retener una memoria colectiva, acompañada de un alto grado de imaginación.⁷

De tal manera, un primer recuerdo que lo marcó para ser narrado en una de sus novelas, fue el duelo a muerte de su abuelo, Nicolás García, que ocurrió en Barrancas, un pueblo pacífico y próspero en las estribaciones de la Sierra Nevada de Santa Marta, el 12 de octubre de 1908, día del “descubrimiento” de América, de conmemoración nacional.

El adversario de su abuelo fue un joven de nombre Medardo Pacheco, antiguo amigo, copartidario y soldado suyo en la *Guerra de los Mil Días*. Nicolás García, casado con Trinquilina Iguarán, saldría al encuentro de su mala hora en aquel duelo que cambiaría todo con la muerte de Pacheco —el Prudencio Aguilar de *Cien años de soledad*—. El hecho dividió a las familias de Barrancas, inclusive a la del muerto.

El abuelo Papalelo fue apresado en Riohacha por este hecho, para luego ser enviado a Santamaría donde lo condenaron a un año, la mitad en reclusión y la mitad en régimen abierto. Luego, se radicaría en Aracataca, evitando no sólo los malos recuerdos, sino la ley de la cultura guajira que permitía vengar a sus muertos durante los siguientes veinte años de la desgracia ocurrida en el duelo a muerte.

En realidad, el abuelo Papalelo fue quien se hizo cargo de la crianza de Gabriel García Márquez en la primera infancia —hasta los ocho años de edad—; también recuerda que su abuelo fue el primero que lo llevó a conocer el hielo a la *United Fruit Company*. Dicha relación lo marcaría hasta su propia vejez. El premio Nobel de literatura colombiana, nos aclara que, aún siendo niño y una vez toma conciencia de la muerte de su abuelo, nunca logró reponerse. De la relación con su abuelo recuerda:

“Lo raro pensándolo ahora, es que yo quería ser como él, realista, valiente, seguro, pero nunca pude resistir la tentación constante de asomarme al mundo de la abuela. Lo recuerdo rechoncho y sanguíneo, con unas pocas canas en el cráneo reluciente, bigote de cepillo bien cuidado y unos espejuelos redondos con montura de oro. Era de hablar pausado y comprensivo y conciliador en tiempos de paz, pero sus amigos conservadores lo recordaban como un enemigo terrible en las contradicciones de guerra” (2002, p. 97).

García Márquez, a los cuatro años, ya inventaba cuentos y dibujos sin diálogo, pero es cuando su abuelo le regala un *diccionario*, que le despertaría la curiosidad por las palabras que leía como una novela, en orden alfabético y sin entenderlo apenas. Así, fue su primer contacto con lo que habría de ser el libro como elemento fundamental en su destino de escritor. De hecho, una de las primeras tareas académicas que vivió con su abuelo —usando el diccionario—, fue diferenciar el *camello* del *dromedario*, producto de la visita de un circo a Aracataca. También, lo acompañó en tren a la ciudad de Santa Marta en varias ocasiones, y en uno de esos viajes, al pasar entre los bosques y plantaciones de banano, un día ve un letrero de lata que dice: “Finca Macondo”.

En esta época, siempre estuvo al lado de su abuelo, durante las mañanas en la platería o en su oficina de administrador de hacienda, donde Papalelo le asignó el oficio feliz de dibujar los hierros de las vacas que se iban a sacrificar. García Márquez también acompañaba a su abuelo a las partidas de ajedrez con su amigo el Belga; como también recuerda que su abuelo le compró el mismo tipo de sombrero para que no hubiera duda de que paseaba con su nieto por las calles de Aracataca. Al narrarnos otro de sus recuerdos de infancia, nos dice:

“Por esa época el abuelo colgó en el comedor el cuadro del Libertador Simón Bolívar en cámara ardiente. Me costó trabajo entender que no tuviera el sudario de los muertos que yo había visto en los velorios, sino que estaba tendido en un escritorio de oficina con un uniforme de sus días de gloria. Mi abuelo me sacó de dudas con la frase: *Él era distinto*. Luego, con una voz trémula que no parecía la suya, me leyó un largo

⁷ Para Halbwachs no existe una memoria estrictamente individual ni una memoria estrictamente colectiva, necesitándose de la semilla de la rememoración para su activación. De tal modo, no es la familia, sino la facción de familia la que le ayuda a uno de los suyos a rememorar los recuerdos. “Nos tenemos que encontrar y poner en condiciones que permitan a estas dos influencias combinar del mejor modo posible su acción para que reaparezca el recuerdo y lo reconozcamos” (Halbwachs, 2004, p. 46).

poema colgado junto al cuadro, del cual sólo recordé los versos finales: "Tú, Santa Marta, fuiste hospitalaria, y en tu regazo, tú le diste siquiera ese pedazo de las playas del mar para morir" (2002, p. 110).

Fue su abuelo quien le enseñó y le pidió que no olvidara jamás que aquel hombre era el más grande que nació en la historia del mundo. Se despertó así desde niño, el interés por la vida del libertador Simón Bolívar, que lo inquietaría luego como escritor profesional; dicho recuerdo vivido con su abuelo, sólo quedaría saldado con la publicación de la novela *El General en su laberinto*, en el que nos narra la vida de un Bolívar humano, cansado e inclusive irrespetado por los niños en la ciudad de Bogotá, meses antes de morir. Lo anterior, después de haber liberado cuatro naciones y fundado una con su nombre: Bolivia.

Por lo demás, en realidad dicha deuda ya había sido saldada con su abuelo en *El coronel no tiene quién le escriba*, en la que narra la situación de un veterano de la Guerra de los Mil Días, quien, a pesar de reunir los requisitos para obtener la pensión del Estado central, nunca le llega. La expectativa de la pensión que nunca llegó a Papalelo como veterano de guerra liberal, acompañó el recuerdo familiar, particularmente, hizo parte de las expectativas económicas de la abuela Mina hasta la muerte de su esposo, el abuelo de García Márquez.

Como un niño narrador, era un niño que siempre quería más, con la voracidad que oía los cuentos de los adultos, siempre esperaba uno mejor al día siguiente. Con base en la narrativa oral de la familia, fue dueño de recuerdos intrauterinos y sueños premonitorios. Cuando algo sucedía en la calle tenía una resonancia enorme en la casa; las mujeres de la cocina se lo contaban a los forasteros que llegaban en el tren que, a su vez, traían otras cosas que contar, y todo junto se incorporaba al torrente de la tradición oral.

De niño, desarrolló también una capacidad de síntesis con relación a las experiencias vividas en Aracataca; por ejemplo, la muerte del amigo de su abuelo el *Belga*, quien se suicidó en compañía de su perro, consumiendo el cianuro que utilizaba en sus trabajos de platería. García Márquez, de niño, resumiría esta situación con la frase: "El Belga ya no volverá a jugar ajedrez".

El abuelo acogió esa frase como una ocurrencia genial, que resume el acontecimiento de su amigo, en una frase y con capacidad de síntesis. Ya de adulto, esta cualidad la expresó en el título de sus artículos y novelas, como también la cualidad para escribir los primeros párrafos de sus escritos para agarrar al elector.

En esta línea del recuerdo infantil, reconoce que la esencia de su modo de ser y de pensar se lo debió en realidad a las mujeres de la familia y a las muchachas de la servidumbre, que pastorearon su infancia; con ellas, inspecciónó la desnudez, pero, ante todo, bebió de sus cuentos, narrativas y anécdotas, no sólo familiares, sino de la región. A lo largo de su primera infancia, se descubrió como *un niño narrador* con gran imaginación.

Cuando los adultos hablaban, escuchaba atento los recuerdos familiares, las anécdotas de su abuelo, como también las noticias que llegaban a Aracataca en la estación del tren y, luego, las recomponía en una especie de cuentos acompañados de una narrativa que terminaban siendo más creíbles que los originales contados por los adultos:

"No puedo imaginar un medio familiar más propicio para mi vocación que aquella casa lunática, en especial por el carácter de las numerosas mujeres que me criaron. Los únicos hombres era mi abuelo y yo, y él me inició en la triste realidad de los adultos con relatos de batallas sangrientas y explicaciones escolares del vuelo de los pájaros y los reinos del atardecer y me alentó en mi afición al dibujo. Al principio, dibujaba en las paredes, hasta que las mujeres de la casa pusieron el grito en el cielo: *la pared y la muralla son el papel del canalla*" (2002, p. 103).

La capacidad de comunicación con las mujeres de la casa fue el escenario fundamental para que Gabriel García Márquez se apropiara de la tradición oral, del recuerdo familiar y local, como también principal escenario en el que desarrolló la imaginación infantil que entremezcló desde niño en lo que se definió años después como *un realismo mágico*, un realismo literario que caracterizó su novela dándole un sello propio y una impronta latinoamericana con reconocimiento universal.

La experiencia escolar y el método Montessori

Por otro lado, con relación a su experiencia escolar de los primeros años, podemos decir que fue un aventajado al tener contacto temprano con el método Montessori, por esos años difundido con fuerza en el interior del país en colegios de élite, como el *Gimnasio Moderno* fundado en Bogotá en 1914 por el pedagogo Agustín Nieto Caballero, y promovido también por el *Instituto Pedagógico Nacional para Señoritas*, hoy UPN, desde 1927 (Jiménez, 2018, p.73). El método Montessori llega a Aracataca muy seguramente por el peso que tenía la *United Fruit Company*, que buscó promover una pedagogía de punta en ese apartado pueblo del caribe colombiano. En su narrativa de infancia, García Márquez nos comenta que,

“El consuelo fue que en Cataca habían abierto por esos años la escuela montessoriana, cuyas maestras estimulaban los cinco sentidos mediante ejercicios prácticos y enseñaban a cantar. Con el talento y la belleza de la directora Rosa Elena Fergusson estudiar era algo tan maravilloso como jugar a estar vivos... Aprendí a apreciar el olfato, cuyo poder de evocación de la nostalgia es arrasador. El paladar lo afine hasta el punto de que he probado bebidas que saben a ventana, panes viejos que saben a baúl, infusiones que saben a misa. En teoría es difícil entender estos placeres subjetivos, pero quienes los hayan vivido los comprenderán de inmediato. No creo que haya método mejor que el montessoriano para sensibilizar a los niños en la belleza del mundo y para despertarle la curiosidad por los secretos de la vida. Se le ha reprochado que fomenta el espíritu de la independencia y el individualismo —y tal vez en mi caso fuera cierto. En cambio, nunca aprendí a dividir o sacar raíz cuadrada, ni manejar ideas abstractas” (2002, p. 116).

Dicha sensibilidad de los sentidos, como el oído, el olfato, el gusto y la vista, harían parte de sus descripciones en su novela *Cien años de soledad*, como también la imaginación que desarrolló como parte de los placeres subjetivos de infancia. La sensibilidad por la vida a través de la tradición oral y la narrativa, se fortalecería aún más mediante la experiencia escolar vivida en la primera infancia, hasta los seis o siete años, donde termina de conquistar la lecto-escritura través del método Montessori. De esta experiencia escolar, nos comenta que:

“Me costó mucho aprender a leer. No me parecía lógico que la letra *m* se llamara *eme* y sin embargo con la vocal siguiente no se dijera *eme* sino *ma*. Me era imposible leer así. Por fin cuando llegue al Montessori la maestra no me enseñó los nombres sino los sonidos de las consonantes. Así puede leer el primer libro que encontré en un arcón polvoriento del depósito de la casa. Estaba descocido e incompleto, pero me absorbió de un modo tan intenso que el novio de Sara soltó al pasar una premonición aterradora: Carajo, este niño va a ser escritor” (2002, p. 118).

Así, en Aracataca estuvo en la escuela Montessori, cursó algunos años de primaria, para continuar sus estudios en Cartagena, una vez muere el abuelo, para matricularse en el curso superior de la escuela primaria. El director general se llamaba Juan Ventura Casalinis, un cura y a la vez profesor a quien recuerda como un amigo de la infancia, sin nada de la imagen terrorífica que se tenía de los maestros de la época.

En el examen de admisión, al maestro le llamó la atención que un niño de tan corta edad hubiera leído tantos y tan variados libros: *Las mil y una noche*, en edición para adultos; *Simbad el Marino* o *Robinson Crusoe*. De manera que, después de media hora de charla, quedó admitido de inmediato en dicha escuela. García Márquez comenta que, para esa época, también había leído las historietas de *Dick Tracy* y *Buck Rogers*.

Por lo demás, con base en estas experiencias escolares, es que se formó como un niño lector, pasando así, “del ejercicio escolar al placer de leer”. Lo anterior en momentos en que el Estado retomaba el proceso de alfabetización de la población a través de la escuela como institución pública en determinadas regiones del país. Efectivamente, desde finales del siglo XIX e inicios del XX, habían aflorado las revistas para niños y otros tipos de literatura destinada a satisfacer las inquietudes pedagógicas de las familias

educadas (Lyons, 2011, p. 400). De hecho, con el surgimiento de este tipo de literatura, sumado a las experiencias exitosas de los niños lectores, se terminó de constituir la invención de la *infancia*, denominada así por el historiador Philip Aries (1987).

En la experiencia escolar que vive con los jesuitas en la ciudad de Cartagena, acompañado de la positiva influencia del profesor Casalinis, es donde termina de tomarle amor a la lectura, que se mantuvo como un estímulo latente hasta su juventud y adultez.

Luego, en su adolescencia, con base en sus calificaciones y por sugerencia del padre Casalinis, había que buscarle a García Márquez un internado en Bogotá o lo más cercano de la capital del país para que terminara su bachillerato. Efectivamente, García Márquez terminó su bachillerato años después en el Liceo Nacional de Zipaquirá, donde descubrió con sus compañeros cuán diverso era Colombia.

La mayoría de maestros de esta institución habían sido formados en la *Escuela Normal Superior* bajo la dirección del doctor José Francisco Socarrás, un psiquiatra de San Juan del Cesar, que se empeñó en cambiar la pedagogía clerical de un siglo de gobierno conservador, por un racionalismo humanístico. Como estudiante interno en el Liceo de Zipaquirá, integró un círculo de lectura nocturno, en voz alta, liderado por el profesor de turno y sus compañeros. De esta experiencia recuerda:

“Lo mejor del Liceo eran las lecturas en voz alta antes de dormir. Había empezado por iniciativa del profesor Carlo Julio Calderón con un cuento de Mark Twain que los niños de quinto debían estudiar para un examen de emergencia a la primera hora del día siguiente... Fue tanto el interés, que desde entonces se impuso la costumbre de leer en voz alta todas las noches, antes de dormir... Empezamos con media hora... Más tarde se prolongaron hasta una hora, según el interés del relato y los maestros fueron relevados por alumnos en turnos semanales. Los buenos tiempos empezaron con Nos-tradamus y el *Hombre de la máscara de hierro*, que complacieron a todos. Lo que no me explico es el éxito atronador de *La montaña mágica* de Thomas Mann, que requirió la intervención del rector para impedir que pasáramos la noche en vela esperando un beso de Han Castorp y Clawdia Chauchat” (2002, p. 237).

La experiencia escolar que vive García Márquez es consustancial a la manera como la lectura y, luego, la escritura se desarrolló no sólo como un hábito diario, sino una manera de imaginar el mundo, recoger las experiencias personales y familiares para relacionarlas con cierto tipo de memoria pública de los hechos histórico que vivió el país en la primera mitad del siglo XX en Aracataca y el caribe colombiano, en la que él llama la tierra del olvido. Particularmente, su primera infancia, que va entre su nacimiento y hasta los ocho años de edad, no sólo fue intensa en vivencias al lado de sus abuelos y sus tíos, sino que fue complementada de manera exitosa por un método escolar que no le coartó la imaginación, sino que la complementó, y que no le generó pereza a la lectura, sino más bien amor hacia una actividad que valoró de manera intensa, hasta su juventud, para convertirse en periodista, escritor e inclusive cineasta.

Fin de la infancia

Su primer contacto con la vida real fue el descubrimiento del fútbol en medio de la calle o en algunas huertas vecinas. También fue monaguillo y se comía las hostias restantes con un vaso de vino. Su vocación por la música se reveló también por esos años de infancia; la fascinación que le causaban los acordeones y su pasión por el tango. Incluso, en una reunión pública en Aracataca, había cantado “Cuesta debajo”, de Carlos Gardel. También, comenta que, desde niño, lo acompañó el miedo a la oscuridad que lo persiguió toda la vida en caminos solitarios y aún en antros de baile del mundo entero.

En su memoria, *Vivir para contarla*, nos comenta que esa era su vida en 1932, cuando se anunció que las tropas del Perú, bajo el régimen militar del general Miguel Sánchez Cerro, se había tomado la desguarnecida población de Leticia, a orillas del río Amazonas, en el extremo sur de Colombia. La noticia retumbó en el ámbito del país. El gobierno decretó movilización nacional y una colecta pública para recoger de casa en casa las joyas familiares de más valor, acopiando, sobre todo, los anillos matrimoniales.

Se formó un batallón cívico con lo más granado de la juventud, sin distinciones de clase ni colores; se crearon brigadas femeninas de la Cruz Roja, se improvisaron himnos de guerra a muerte contra el malvado invasor, y un grito unánime retumbó en el ámbito de la patria: “¡Viva Colombia, abajo el Perú!”, en

alguna presentación de beneficencia, hasta en la mañana en que la tía Mama lo despertó con la noticia de que Gardel había muerto en el choque de dos aviones en la ciudad de Medellín.

De niño siempre relacionó la guerra del Perú con la decadencia de Cataca, pues una vez proclamada la paz, su padre se extravió en un laberinto de incertidumbres que terminó por fin con el traslado de la familia a su pueblo natal, Sincé (Sucre). Estando en esta ciudad con su abuelo paterno, un profesor legendario, de nombre Gabriel Martínez, llegó con el telegrama de que el abuelo paterno, su mejor amigo, Nicolás Márquez, había muerto:

“A su abuelo Papalelo lo sorprendió un malestar en la garganta que terminó siendo un cáncer terminal que apenas le dio tiempo de llegar a Santa Marta, donde murió. Nos cuenta que necesitó muchos años para tomar conciencia de lo que significaba aquella muerte inconcebible. “Hoy veo claro, algo mío había muerto con él, pero también creo sin duda alguna que en ese momento era ya un escritor de escuela primaria al que le faltaba aprender a escribir” (2002, p. 12).

La trascendencia de este acontecimiento lo comentarían décadas después los hijos de García Márquez. Su hijo Rodrigo, recuerda que su padre, ya de viejo

“cuando la memoria se iba decía que quería irse a la casa, y todos sabían que se refería a la casa de Aracataca donde dormía en un colchoncito en el piso junto a su cama (la del abuelo)” (Manrique, 2022).

En los años de la muerte de su abuelo, sus padres —Luisa Márquez y Gabriel Eligio García—, quedaron a cargo de la abuela Mina, la tía Mama, ya enferma, y de la tía Pa. Después del fracaso del proyecto de farmacia en Sincé, volvieron a Aracataca. Luego de un nuevo fracaso económico, llegan a la ciudad de Sucre (departamento de Sucre) a montar la farmacia. En esa época, caracterizada por los fracasos económicos de su padre, llegó el momento del fin de la infancia a García Márquez, quien comenta:

“Me faltaban tres meses para cruzar la línea fatídica de los trece años, y en la casa ya no me soportaban como niño, pero tampoco me reconocían como adulto, y en aquel limbo de edad terminé por ser el único hermano que no aprendió a nadar” (2002, p. 187).

Por último, García Márquez, al hacer su balance de su vida, nos comenta que, en su experiencia de crianza con su abuelo, los internados y la vida de colegio en Cartagena, no vivió con sus padres más de tres años en total, sumados los de Aracataca, Barranquilla, Cartagena, Sincelejo y lo que hoy es Sucre.

El fin de la infancia tendría dos momentos de corte: uno es la muerte de su abuelo Nicolás Márquez, cuando García Márquez tenía ocho años de edad, cuyo acontecimiento lo hizo vislumbrar que la muerte es un hecho único e irrepetible, y un segundo momento, cuando cumplió los trece años de edad, momento en que fue incorporado a la vida juvenil que se expresó en la adicción al cigarrillo, y luego al mundo adulto, para participar rápidamente como intelectual.

Conclusiones finales

Mediante la propuesta indiciaria de investigación se buscó rescatar los marcos de la memoria de Gabriel García Márquez sobre los cuales se soporta su experiencia infantil y sus recuerdos familiares y locales como fuentes de inspiración literaria. Desde su particular perspectiva, la vivencia es consustancial al recuerdo, *-se debe vivir para contarla-*, pero acompañado en sus novelas de la imaginación histórica y de un particular *realismo mágico* que, como expresión literaria, comprometió buena parte de la historia del país en sus novelas y cuentos.

Por lo demás, la obra de García Márquez recoge su experiencia de infancia del caribe colombiano en la primera mitad del siglo XX, particularmente, la vivida en el municipio de Aracataca por parte de “un niño narrador” con capacidad de imaginación. Ser niño en el caribe colombiano en la primera mitad del

siglo XX, en su caso en particular, corresponde a vivir una experiencia socializadora y educativa al lado del mundo adulto acompañado de su tradición oral, de sus narrativas y de su memoria.

El mismo García Márquez establece como principal puente para rescatar su fuente de inspiración literaria los marcos de la memoria, haciendo referencia a la familia, -la relación con su abuelo y las mujeres de la casa-, la escuela y el método Montessori y, por último, el pequeño poblado de Aracataca. En este punto se debe recalcar que su primera infancia, que va entre su nacimiento y hasta los ocho años de edad, no sólo fue intensa en vivencias al lado de sus abuelos y sus tíos, sino que fue complementada de manera exitosa por la escuela y el método Montessori que no le coartó la imaginación, sino que le complementó sus cualidades literarias que desarrollaría en su vida adulta.

Desde aquella época infantil la lectura y la escritura se desplegaron no sólo como un hábito diario, sino una manera de imaginar el mundo a través de una creativa propuesta literaria que él definió como *la ficción de la ficción* y su público lector como *realismo mágico*.

En esta memoria de infancia, -que es una *memoria literaria*-, se debe valorar la manera como la memoria individual y colectiva se entrelaza en la saga *Macondo*, y que tiene como principal escenario del relato el pequeño municipio de Aracataca, con la memoria pública de los hechos y con la historia del país en este dramático periodo para el caribe colombiano que inicia con la fractura por la pérdida del canal de Panamá en 1902 y que tiene como un punto cúspide la masacre de las bananeras en 1928.

Bibliografía

- Aries, Ph. (1987). *El niño y la vida familiar en el antiguo régimen*. Taurus.
- Canfield, M. (1988). "Gabriela García Márquez". En: *Manual de la Literatura Colombiana*". Tomo II. Procultura- Pla- neta.
- Chihu Amparán, A. (ene./abr. 2018). "Los marcos de la experiencia". En *Sociológica*. Vol. 33, núm. 93. Ciudad de México, pp. 87-117.
- García Márquez, G. (2002). *Vivir para contarla*. Norma.
- Ginzburg, C. (2004). *Tentativas*. Protohistoria. <https://doi.org/10.1155/S1073792804141020>
- Glück, L. (2020). *Premio Nobel de Literatura*. En: RIONEGRO: <https://www.rionegro.com.ar/louise-gluck-gano-el-nobel-de-literatura-1528431/>
- Halbwachs, M. (2004). *La memoria colectiva*. (1950). Prensas Universitarias.
- Jiménez, A. (2018). *Historia del pensamiento pedagógico colombiano*. CIDC-UDFJC. <https://doi.org/10.69740/UD.9789587870329.9789587873900>
- Jiménez, A. (2022). "Aportes de método indicario para la formación de investigadores". En: Absalón Jiménez y Al- fonso Torres (2022). *La práctica investigativa en Ciencias Sociales. Nuevas Perspectivas*. UPN.
- Lyons, M. (2011). "Los nuevos lectores del siglo XIX: mujeres, niños y obreros". En: Cahrtier, R. y Cavallo, G. (2011). *Historia de la lectura*. Taurus.
- Manrique W. (2022). García Márquez, 15 momentos que lo llevaron a ganar el Nobel de Literatura". En: wmagazin. <https://wmagazin.com/relatos/garcia-marquez-15-momentos-que-lo-llevaron-a-ganar-el-nobel-de-literatura-1/>
- Martín-Barbero, J. (1998). *De los medios a las mediaciones*. Convenio Andrés Bello
- Todorov, T. (1995). *Los abusos de la memoria*. Paris, Piadós.